

# CIUDADAN@S DEL MUNDO: ¡UNÍOS!

Febrero de 2003

Pocas veces en la Historia tanta gente en el mundo fue consciente de que se enfrentaba a un momento decisivo para el futuro de sus vidas colectivas. Incluso con todas la incertidumbres que genera cualquier acontecimiento de esta magnitud, para los millones de personas que participamos, con decisiones, opiniones y actos, en la actual crisis internacional es cada vez más evidente que el anunciado ataque de los EE.UU. marcará un nuevo orden mundial cuyos efectos, en la era de la globalización, van a tener consecuencias directas y terribles en nuestras vidas cotidianas. Es como si nos enfrentáramos al pre-estreno de una de esas películas de ciencia-ficción que empieza en un futuro todavía muy lejano y cuenta cómo el estado de desastres, enfrentamientos y miseria que describe empezó con una catástrofe ocurrida mucho tiempo atrás: en Marzo de 2003, pongamos por caso.

Sinceramente, no parece que esta sensación de catástrofe inminente la provoque la expectativa de que varios cientos de miles de personas vayan a ser víctimas de una guerra que provocará un desastre ecológico, humano y social en una zona donde, al parecer, Dios puso el Paraíso. Desgraciadamente ya existen varios precedentes (Afganistán sólo es el más reciente) y bastaría repasar las cifras de personas que mueren en silencio cada día en el mundo a causa de problemas que podríamos solucionar con sólo proponérselo, para comprobar que el dolor y la muerte a gran escala no suponen una novedad destacable, ni siquiera cuando las víctimas —como en el caso de los terribles atentados del 11 de septiembre— pertenecen a países en

los que supuestamente cuentan como ciudadanos y ciudadanas de primera.

La sensación de este cambio de época se debe, más bien, a la certeza de que este ataque que va a desencadenar tanto nuevo y silenciado sufrimiento ha sido programado como fecha de declaración de un Nuevo Orden Mundial basado en el unilateralismo, la guerra preventiva, el pensamiento único, el olvido de los derechos humanos y la explotación despiadada de las personas y de la naturaleza. Parte del cinismo y de la desfachatez —que parecen estar marcando época— es también el hecho de que esta declaración se haga en nombre de una guerra contra un supuesto “Eje del Mal”.

Esta sensación de estar asistiendo a una declaración perversamente intencionada se asienta en la certeza de que el gobierno de los EE.UU. tiene los medios para acabar con un dictador que ha sido su aliado, imponer sus decisiones a unos socios que están acostumbrados a participar en el reparto de la tarta y hacer que la ONU legitime sus atropellos, sin tener para ello que hacer una sangrienta exhibición de fuerza, humillar a sus aliados y hacer saltar por los aires unas instituciones internacionales cuya debilidad no es suficiente para aplacar a quienes pretenden imponer la Ley del Salvaje Oeste y dejar claro quién manda en este Rancho.

Es poco inteligente y bastante miope pensar que la estupidez y la ceguera no pueden llegar a tanto, sobre todo cuando se trata de alguien que ha llegado a Presidente, pero también es difícil convencerse de que quienes gobiernan este mundo puedan creerse que la mejor

forma de incrementar la seguridad de quienes son odiados por su prepotencia, crueldad y avaricia sea humillando, matando y explotando. Seguro que tanta Agencia de Inteligencia y tantos Consejeros de Seguridad no pueden confundirse sobre cuál será la consecuencia inevitable de aterrorizar al mundo bombardeando arbitrariamente a víctimas inocentes en defensa de una determinada civilización y en nombre de un Dios. No es necesario que vuelvan a convocar a los guionistas de Hollywood para imaginarse la escena, pues basta con pasearse por cualquier calle comercial de Jerusalén para comprobar de qué seguridad y de qué paz estamos hablando.

Por eso, quienes no queremos que nuestros hijos tengan que vivir aprendiendo en las escuelas cómo ponerse máscaras de guerra, tenemos que encontrar la forma de evitar que se maten a cientos de miles de iraquíes mañana, y no se sabe cuántos millones de personas en otras partes del mundo en el futuro, al mismo tiempo que los ataques se cobran, como daño colateral, el ideal de progreso basado en la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad, fundamento de la civilización que supuestamente se quiere defender.

Las recientes muestras de resistencia global a los planes de guerra son una fuente de esperanza. La movilización de millones de ciudadanas y ciudadanos en cientos de ciudades de todo el mundo han demostrado que cada uno de nosotros podemos y debemos hacer algo para evitar que se cometan estas atrocidades en nuestro nombre. Tenemos que seguir adoptando otras acciones, personal y colectivamente, para conseguir entre todos que unos

pocos no nos lleven por este camino de odio y muerte. Tenemos que conseguir que todos los ciudadanos, especialmente de Irak y de EE.UU., comprendan que su enemigo no es la gente de otros países o culturas, sino los respectivos gobernantes ilegítimos y sanguinarios que no piensan ni escuchan a su pueblo. Es urgente emprender este diálogo creando una red de foros reales y virtuales en donde encontrarse y ponerse de acuerdo.

Para ello es necesario asumir el pluralismo ideológico y cultural del que deberá surgir cualquier movimiento nuevo y a esta escala. Ha pasado la época de los vanguardismos y sería un error histórico que, en el momento en que más falta nos hace el internacionalismo, sacrificáramos lo poco conseguido en aras de un sectarismo cuya falta de sentido ahora nadie puede poner en duda. Las manifestaciones masivas de personas, colectivos, asociaciones, sindicatos y partidos convergiendo bajo un mismo lema, cada una desde su sitio propio y con sus propias señas de identidad, son la metáfora precisa de cuál es el modelo de movimiento social emergente que pueda jugar el papel de nueva superpotencia.

Esta necesidad es particularmente urgente en Europa y en el Estado Español. La división de la Unión en la “vieja” y la “nueva” Europa es un objetivo apenas oculto de la iniciativa de guerra. Lo que se pretende no es sólo consagrar el unilateralismo, sino acabar con el modelo europeo de bienestar social que —con todos sus defectos— es un ejemplo de que la conjunción de desarrollo económico, cohesión social y democracia no es imposible en este

mundo. Los ciudadanos y las ciudadanas de Europa —y sobre todo los británicos, que pueden jugar un papel estratégico consiguiendo el cambio de postura de un líder que, como Tony Blair, por tradición y principios, no puede seguir ignorando la voluntad popular— debemos asumir la responsabilidad que se deriva de los recursos y libertades que nos confiere nuestra posición en el mundo.

Desgraciadamente, los españoles tenemos un Presidente de Gobierno ridículo que, siguiendo la tradición franquista de la que procede, compromete al país para postularse como “Faro de Occidente”, riéndose (con acento tejano impostado) de su propio partido, que al parecer ha decidido inmolarsse junto a su ayatolá, del Parlamento al que ignora sistemáticamente y de una opinión pública que masivamente se muestra contraria a su decisión de poner a España en primera línea de combate, rompiendo nuestro compromiso con la Unión Europea y el Consejo de Europa, enemistándonos con los vecinos musulmanes con quienes compartimos siglos de historia común, y haciéndonos cómplices de una política estadounidense imperialista en Latinoamérica, que terminará por convertirnos en figuras odiadas por buena parte de quienes esperaban un papel mediador de España y se encuentran con que se opta por una alianza opresora. La reciente bomba en nuestra embajada de Caracas es sólo un aviso.

Si no podemos esperar que Aznar escuche a la ciudadanía, sí podemos y debemos seguir haciendo todo lo que está en nuestra mano contra la guerra y

dejar claro que él y su partido van a pagar el precio por hacer todo lo que Bush le ha pedido para que haya Guerra. Ahora no podemos caer en la desmoralización porque eso es parte de una estrategia bélica cuya prepotencia se basa en el temor de no poder confesar sus verdaderos objetivos. En las próximas semanas debemos multiplicar todo tipo de actos de protesta y manifestaciones que sirvan para mantener presente una voluntad que no va dejarse engañar por silencios y evasivas. Cada uno puede y debe inventarse su protesta, porque todos y cada uno vamos a tener que pagar las consecuencias y el precio de nuestra participación en esta locura. Pero también debemos encontrar formas colectivas de converger y articular acciones masivas que permitan evidenciar la magnitud y profundidad de las protestas.

En esta tarea todos tenemos una responsabilidad. Los ciudadanos y ciudadanas movilizándose, informándose, creando y participando en foros, comités, plataformas, o cualquier otro tipo de acción colectiva en nuestro lugar de trabajo, estudio, barrio o comunidad. Los sindicatos, asociaciones profesionales y partidos políticos evitando cualquier tentación sectaria u oportunista que sólo serviría para alimentar una desalentadora y peligrosa sensación de falta de alternativas. Las asociaciones, colectivos y movimientos sociales, que han sabido asumir un nuevo protagonismo que ahora se debe administrar con responsabilidad y generosidad, abriendo espacios de debate y consenso que permitan poner el interés común contra la guerra por

encima de las legítimas y particulares aspiraciones de cada cual.

A todas y todos nos va mucho en ello. Ahora sabemos en qué consistía la enigmática Segunda Transición que planteaban Aznar y su mayoría absoluta. Empezó con una irresponsable estrategia de confrontación en Euskadi que amenaza con convertir en Guerra Civil lo que era una cuestión política por un lado, y un grave problema de violencia por otro. Continuó haciendo bandera contra la inmigración para exacerbar los sentimientos xenófobos y racistas de una sociedad que en pocos años se está convirtiendo en multicultural y, si entre todos no lo evitamos, va a ver cómo a las tradicionales formas de pobreza y exclusión se añade una generación de hijos de inmigrantes que serán españoles sin sentirse reconocidos ni comprometidos con ello. Abandonó a su suerte a toda una región como Galicia, a la que siempre consideró feudo de quien lo puso en el poder, convirtiendo un accidente en la mayor catástrofe ecológica y social de Europa, escatimando medios y apoyo que otros voluntaria y generosamente ofrecieron y haciendo oídos sordos a la petición de responsabilidad y clamor por dignidad de un pueblo que vuelve a tener que pensar en coger la maleta cuando, con un programa de empleo ecológico análogo al PER (que costó una huelga general salvar) podría convertir la catástrofe en una oportunidad de futuro. Ahora quiere jugarse el nuestro y el de nuestros hijos, convirtiéndonos en enemigos de nuestros amigos, humillándonos ante quienes pretenden ser nuestros amos y perdiendo sin complejos una dignidad nacional que sólo sabe malbaratar: ¡ésta era su

Transición de vuelta a la «España Una Grande y Libre»!

Es hora de salir a la calle y llenar las Instituciones. Es hora de protestar, de gritar, de cantar, de rezar, de hacer comunicados, de firmar peticiones, de llevar pegatinas, de mandar correos electrónicos, de chatear por la paz, de poner sábanas blancas en los balcones, de hacer objeción fiscal, de la desobediencia civil, de llamar a la insumisión; es hora de participar, de asociarse, de hacer comités, plataformas, foros sociales, de crear redes nacionales e internacionales; es hora de que quienes voten anuncien su compromiso de votar en las próximas elecciones y de hacerlo contra quienes quieren meternos en una guerra injusta e innecesaria; es hora de aprobar mociones en Ayuntamientos y Parlamentos Autonómicos, y de presentar una moción de censura en las Cortes; es hora de convocar un paro general contra la Guerra: ¡Es la hora de la Ciudadanía!

**CIUDADAN@S DEL  
MUNDO: ¡UNÍOS!**

**¡NO A LA GUERRA!  
¡NO EN NUESTRO  
NOMBRE!**

Hilario Sáez  
**Fundación Iniciativa Social**  
[hsaez@ctv.es](mailto:hsaez@ctv.es)